

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS.

AÑO III.

MADRID, 23 DE FEBRERO DE 1908

NÚMERO 8



## EL RATON GRIS

CONTINUACIÓN

Rosalía admiró mucho todas las flores; creía que el príncipe levantaría la tela de este árbol misterioso, pero éste se dispuso á abandonar aquel sitio sin hablar á Rosalía.

—¿Qué árbol es éste tan bien tapado, príncipe?—preguntó Rosalía.

Ayuntamiento de Madrid

—Es el regalo de boda que os destino, pero vos no podéis verle hasta que hayáis cumplido quince años—dijo el príncipe.

—¿Pero qué es eso tan brillante de encima de la tela?—insistió Rosalía.

—Ya lo sabréis dentro de pocos días, Rosalía, y me presumo que mi regalo no será un presente ordinario.

—¿Y no lo puedo ver antes?

—No, Rosalía, la reina de las hadas me ha prohibido que os lo enseñe hasta que seáis mi mujer, so pena de grandes desgracias. Me atrevo á esperar que me amaréis lo suficiente para contener durante algunos días vuestra curiosidad.

Estas últimas palabras hicieron temblar á Rosalía al acordarse del ratoncito gris y de las desgracias que la amenazaban, así como á su padre, si se dejaba dominar por la tentación que le imbuía, sin duda ninguna, su enemiga el hada Detestable. No volvió á hablar de la tela misteriosa y continuó su paseo con el príncipe. Los días siguientes se pasaron en fiestas; el príncipe y Rosalía veían aproximarse con alegría el día del cumpleaños de Rosalía, que debía ser también el de su casamiento; el príncipe parecía amar tiernamente á su prima, y ésta á su vez al príncipe, deseando vivamente volver á ver á su padre y también... el árbol de la rotonda. Pensaba constantemente en él; de noche soñaba con ello, y en los momentos en que estaba sola sentía una pena extremada por no poder ir á la rotonda del jardín para procurar descubrir el misterioso árbol.

Por fin llegó el último día; al siguiente cumplía Rosalía quince años. El príncipe estaba muy ocupado con los preparativos de la boda, á la cual debían asistir todas las buenas hadas que conocía, y sobre todo la reina de ellas. Rosalía estuvo sola por la mañana; fué á su paseo, y pensando en la felicidad del día siguiente, se dirigió maquinalmente hacia la rotonda; entró pensativa y sonriente, y se encontró delante de la tela que cubría el tesoro.

—Mañana—dijo—voy por fin á saber lo que encierra esta tela... Si quisiera, podría saberlo hoy mismo, pues estoy reparando en unas aberturitas por las que podría introducir fácilmente los dedos... y en tirando un poco...

Miró alrededor de sí y no vió á nadie, y olvidando completamente, en su deseo extremo de satisfacer su curiosidad, la bondad del príncipe y los peligros que la amenazaban si cedía á la tentación, pasó los dedos por una de las aberturas y tiró; la tela se rasgó de arriba á abajo con un ruido parecido á un trueno, y se presentó á los atónitos ojos de Rosalía un árbol cuyas ramas eran de coral y las hojas de esmeraldas; los frutos que lo cubrían eran piedras preciosas de todos colores; había diamantes, perlas, rubís, zafiros, ópalos, topacios, etc., tan grandes como el fruto que representaban, y de un brillo y con una claridad tales que Rosalía quedó deslumbrada. Pero apenas había podido tener tiempo de ver este árbol sin par, cuando un ruido más fuerte que el

primero vino á sacarla de su éxtasis; se sintió elevada y transportada á un llano, desde donde se veía el palacio del príncipe destruído; dos gritos desgarradores salieron de las ruinas del palacio, y pronto Rosalía vió al mismo príncipe salir de los escombros, ensangrentado y cubierto de heridas; él avanzó hacia ella, y la dijo tristemente:

—Rosalía, ingrata Rosalía, mira á qué estado me has reducido á mí y toda mi corte. Después de lo que acabas de hacer, no dudo que cederás la tercera vez á tu curiosidad, y que consumirás mi desgracia, como la de tu padre y la tuya. Adiós, Rosalía, adiós. ¡Que tu arrepentimiento pueda expiar tu ingratitud con un desgraciado príncipe que te ama y que no desea más que tu felicidad!

Cuando acabó de decir estas palabras, se alejó lentamente. Rosalía estaba de rodillas, inundada de lágrimas; fué á hablarle, pero desapareció á sus ojos, sin volverse para contemplar su desesperación. Esta, casi desmayada, oyó la risita discordante del ratoncito gris, que estaba delante de ella.

—Te doy las gracias, Rosalía, por haberte portado tan bien. He sido yo quien te ha enviado esta noche los sueños de la tela misteriosa y quien la ha rasgado para facilitarte los medios de mirar. Un pecadillo más y serás mía para siempre.

Y el ratoncito, con un gozo infernal, se puso á danzar y bailar alrededor de Rosalía; sus mal intencionadas palabras no excitaron la cólera de la joven.

*Concluirá*



## LAS FLECHAS INOFENSIVAS

Construirse uno mismo su flecha, poniéndola en la punta una aguja de coser ó una plumilla de acero; hacer puntería, lanzarla con fuerza y verla clavarse en el sitio deseado, es indudablemente un entretenimiento muy divertido. Sin embargo, no podemos recomendar á nuestros pequeños lectores este ejercicio, porque tiene graves inconvenientes. El tino y la puntería del que tira no siempre responden con exactitud á su propósito y es muy fácil herir á otro niño sin querer, y hasta cuando más certeros son los disparos no puede reprimirse el deseo de lanzar la flecha á los sitios donde mejor se clava, y las maderas de los balcones, las puertas de las habitaciones y los muebles sufren perjuicios que deben evitarse.

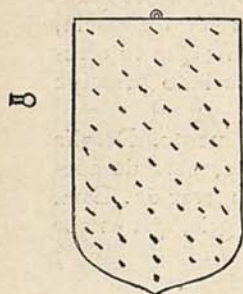


FIG. 1.ª

Con las flechas inofensivas no sucede nada de esto, y el tirador puede ejercitar su destreza con la tranquilidad del que no perjudica á nadie ni á nada.

En un cartón fuerte, de la forma que más agrade, fórmese el blanco, clavando por detrás una serie de afiladas tachuelas, cuyas puntas saldrán por el otro lado (figura 1.ª). Al lado de cada punta se escribe un número para contar los tantos de cada disparo, y pueden dibujarse círculos concéntricos como los de los blancos para pistola ó carabina. Colóquese en la pared con las puntas al exterior, naturalmente.

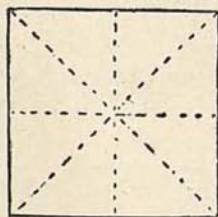


FIG. 2.ª

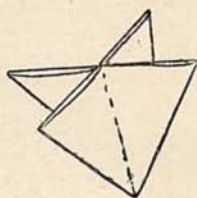


FIG. 3.ª

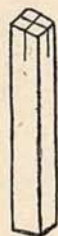


FIG. 4.ª

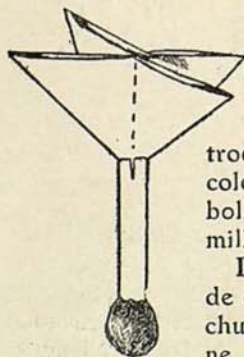


FIG. 5.ª

La flechita es de facilísima construcción.

Un cuadrado de papel, doblado por las líneas de puntos (fig. 2.ª), dará la forma de la fig. 3.ª En un trozo de madera se hacen las hendeduras, cruzadas en uno de sus extremos, en las que se introduce el papel doblado (fig. 4.ª y 5.ª). Ya sólo falta colocar en el otro extremo del trozo de madera una bolita de mástic ó de cera en vez de la aguja ó la plumilla.

De esta suerte, al lanzar la flecha al blanco, la bola de cera se clava en una de las puntas afiladas de las tachuelas y se consigue el mismo resultado que se obtiene con las flechas de otra clase, sin ninguno de sus inconvenientes.



VISTA GENERAL DEL CASTILLO

## EL ARCHIVO DE SIMANCAS

Cerca de Valladolid, á la derecha del río Pisuerga, y en la carretera de Burgos á Salamanca, está la villa de Simancas, en cuyo antiguo alcázar se halla instalado el Archivo general del Reino.

Aún conserva la fortaleza los cubos y las almenas de su barbacaña y el ancho y profundo foso y los puentes, antes levadizos, que á Levante y á Poniente dan entrada.

Carlos I escogió este alcázar para que sirviera de archivo, y su hijo Felipe II realizó las obras para darle este destino. Las comenzó Berruguete, y Felipe II las encomendó á Francisco de Salamanca, luego á su hijo Juan, y á la muerte de éstos, á Pedro de Mazuecos, siempre bajo la dirección de Juan de Herrera, el arquitecto de El Escorial. Encargó mucho el Rey que al ensanchar la capacidad del edificio no se afease la forma primitiva, pero este artístico deseo del Monarca no fué interpretado con acierto.

Una techumbre de plomo parece aplastar su gallardía; los torreones, privados de sus coronas, parecen palomares, y el principal de ellos lleva un capitel extraño, de forma de campana. A los antiguos ajimeces reemplazan balcones y rejas, y en general el alcázar antiguo ha perdido gran parte de su carácter.

Pero si la fortaleza no es por su belleza un monumento que llame grandemente la atención del viajero, el Archivo en ella contenido es uno de los establecimientos científicos mejor organizados de Europa.

«Allí, dice un ilustre escritor, está la historia de España cuando ésta era casi la Europa, por no decir el mundo; la de Italia, Flandes



ENTRADA PRINCIPAL DEL ARCHIVO

y el nuevo mundo que poseía; la de Alemania, Francia é Inglaterra, sus enemigas ó sus aliadas. Allí los tres reinos más gloriosos, los Reyes Católicos, el Emperador, Felipe II, el creador de aquel inmenso panteón de memorias que puede evocar cualquiera ante la posteridad, para cuyo jui-

cio dejó él mismo tantos datos en millares de notas y apuntes escritos de su mano laboriosa.»

Aquel gran tesoro tentó la imperial codicia de Napoleón cuando la invasión francesa, y en 1810 emprendió el despojo de 8.000 legajos. Algunos de ellos fueron devueltos cuando, vencido Napoleón, entraron los aliados en París en 1814; pero otros quedaron por allá, sin que hasta ahora se haya podido lograr su completa restitución. Aquel tesoro, explorado alguna vez por nuestros escritores y más generalmente por los extranjeros, yace todavía desconocido en su mayor parte, y quizá no ha revelado hasta ahora sino una mínima parte de sus interesantísimos secretos. En sus inmensos salones se guardan cerca de 80.000 legajos que contienen millones de documentos.

Uno de los cubos que avanzan sobre la muralla es el llamado del Obispo, porque en él estuvo preso el famoso prelado y agitador Acuña, que tanta parte tomó en el movimiento nacional de las *Comunidades de Castilla*. En la misma habitación que en la actualidad sirve de despacho al jefe del Archivo, fué ejecutado el célebre obispo de Zamora.



CUBO DEL OBISPO ACUÑA



### UN SOBERANO DE NUEVE AÑOS

**E**l rey de Annam, Than-Tai, se había vuelto loco, llevándole su demencia a una serie de crueldades horribles, por lo que fué necesario substituirle en el trono. El gobernador general francés de Indochina, de acuerdo con el gobierno de la República, intervino, y se resolvió que el rey Than-Tai, en vista de su enfermedad, abdicara la corona en favor de uno de sus hijos.

El quinto de éstos, Duy Tan, de nueve años de edad, fué el designado para ceñir la corona. La abdicación se efectuó el 3 de Septiembre del año próximo pasado, y dos días después fué la coronación.



## LA INVASION DE LOS BARBAROS

CUADRO DE ULPIANO CHECA

Los romanos daban el nombre de bárbaros á los extranjeros y especialmente á la gente del Centro y Norte de Europa que amenazaban invadir el Imperio. De estos pueblos los separaban como fronteras naturales los ríos Rhin y Danubio, que el emperador Augusto y sus sucesores fortificaron con empalizadas, campamentos y castillos en una extensión de cerca de 600 leguas para establecer una barrera entre el mundo bárbaro y el Imperio romano. Desde el siglo II (antes de Jesucristo) se iniciaron las invasiones con la de los cimrios y teutones, pero la verdadera irrupción general de los bárbaros fué al morir Teodosio en 395. Alarico llegó hasta la misma Roma. Los vándalos, que habían pasado al Africa, saquearon la ciudad, y el Imperio romano acabó con la deposición de Rómulo Augústulo, y sobre sus ruinas fundaron los bárbaros el reino visigodo de España, el ostrogodo en Italia, el suevo en Galicia, el anglosajón en la Gran Bretaña, el franco en las Galias y el lombardo en la Alta Italia.



## LA LIBÉLULA

Mientras su papá leía sentado en un banco del jardín, Laura se entretenía en corretear de un lado para otro, armada de un mariposero. Parecía que en aquel hermoso día de Mayo había caído sobre el jardín una lluvia de multicolores mariposas. En los rojos geranios, en los blancos claveles, en las garridas rosas, en las olorosas matas de albahaca, en todas partes se veían posados los vistosos insectos. Era un espectáculo interesante contemplar á la simpática chiquilla ocupada en las tareas de su caza. Apenas veía á una mariposa detenerse en cualquier sitio, acudía á él prestamente con los ojos brillantes de alegría, andando de puntillas como si no quisiera tocar el suelo, cimbreando el gracioso cuerpecillo, y suspendiendo hasta el aliento para no alarmar á su víctima. Pero no hacía más que mover el mariposero, cuando ya el insecto volaba burlonamente á otra parte, desplegando al sol los brillantes colores de sus alas.

Estaba ya un poco mohína por sus fracasos, cuando, habiendo llegado en sus evoluciones á un estanque, vió en sus alrededores una legión de libélulas, que á ella le parecieron también mariposas, y logró aprisionar una, que, descuidada, tomaba el sol sobre unos rojizos alfiles. Fué tal su alegría, que corrió adonde estaba su padre, y, presentándole su presa, exclamó:

—¡Papá...! ¡Ya he cogido una...! ¡Mira qué bonita...!

—Es verdad, hija mía; es muy preciosa...

Y sujetando á la cuitada libélula, procedieron hija y padre á admirar sus bellezas. Eran tantos y tan brillantes los colores que adornaban su largo y enjuto cuerpecillo, era tal el brillo sedoso y tan finos los afiligranados dibujos de sus transparentes y amarillas alas, que el hermoso insecto, más que ser vivo, parecía un delicado capricho de joyería, adornado con lucientes piedras preciosas...

—¡Cómo brilla, papá!—exclamó Laura admirada.

—Pues, hija mía, éste que ves, hermoso y pintado insecto, fué en otro tiempo repugnante larva que arrastró su anulado cuerpo de gusano por el fondo cenagoso de algún pantano. Allí permaneció escondido durante un año, esperando modestamente á que la Naturaleza, con el transcurso de los días, fuera corrigiendo su fealdad; y sólo salió á la superficie de las aguas y se lanzó al aire cuando, dotado de hermosas alas y pintado cuerpo, conoció que, no burla, sino admiración despertaría en quien lo contemplara. Aprende, pues, hija mía, de este insecto á corregir en el retiro tus defectos, para que, cuando estuyeres entre la gente, no seas, como larva ó gusano, cosa de irrisión y menosprecio, sino, como hermosa libélula, objeto digno de ser admirado por el espléndido brillo de tu buena crianza...

JOSÉ A. LUENGO





#### FRASES HISTÓRICAS

### PEGA, PERO ESCUCHA

**E**sta frase, tan expresiva, tan noble, tan valiente, ha sido atribuída á muchos personajes célebres, perteneciendo verdaderamente al glorioso ateniense Temístocles, que la pronunció, según Tucídides y Plutarco, el año 480 antes de Jesucristo, en las condiciones siguientes:

Triunfante en sus luchas con Aristides, Temístocles fué encargado del mando de la flota enviada á someter las islas del mar Egea, que, traicionando á la Grecia, se habían declarado partidarias de los persas.

Cumplida su misión, se dedicó con verdadero ardor y afanoso patriotismo á organizar poderosamente las fuerzas navales de su patria, amenazada tan inminentemente por los persas.

Logró que todas las ciudades de la Grecia olvidasen sus discusiones y, mirando al peligro común, formasen una confederación para resistir los formidables ejércitos con que Xerxes los amenazaba.

Su patriotismo fué tan grande, que sacrificando su ambición y su afán de gloria en aras de la unión de los griegos, cuya independencia estaba amenazada, dió en Artemisio el raro ejemplo de modestia de consentir que el esparciata Euribiades fuese nombrado jefe de las fuerzas navales confederadas, á pesar de que los atenienses habían contribuído á la formación de la escuadra con mayor número de buques, no sólo que los espartanos, sino que todas las ciudades de la Grecia juntas.

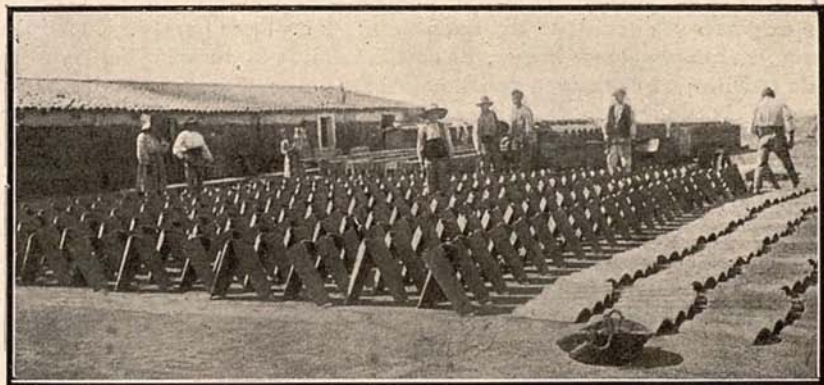
Arreciado el peligro de la invasión con la muerte de Leonidas en las Termópilas, y viendo que Xerxes era dueño de todos los pasos de tierra, Temístocles, con su energía y su valor, determinó á los confederados á presentar el combate en el estrecho de Salamina, que él juzgaba posición ventajosa.

No se llegó á este acuerdo sin violentas discusiones entre los jefes confederados, y en una de éstas fué cuando el violento Euribiades amenazó á Temístocles con el bastón de mando, amenaza que fué contestada por el héroe ateniense con la famosa frase:

«Pega, pero escucha.»

En efecto, su opinión fué adoptada; dióse el combate de Salamina, cuya principal gloria fué para Temístocles que, con su valor y su pericia, salvó la Grecia, y sus hermosas palabras quedaron desde entonces, para todos los siglos, como ejemplo de moderación y de prudencia.

FERNANDO SOLDEVILLA



EL SECADO DE LA TEJA

## LOS LADRILLOS

**E**n los remotos tiempos de la edad prehistórica, los hombres se guarecían en las cavernas y oquedades de las montañas. cuyas aberturas ó entradas obstruían con ramajes y troncos, á fin de impedir el acceso á las fieras y alimañas que poblaban los bosques.

Más tarde aprovecharon las maderas de los árboles para hacerse guaridas que, al principio, eran como las chozas que hoy levantan los pastores, y concluyeron después por ser casas de mejor aspecto, más sólida construcción y con mayores condiciones de habitabilidad.

Como vieran que estas viviendas duraban poco, dado que la humedad pudría los troncos que había que fijar en el suelo, comenzaron á emplear la piedra con objeto de aislar la madera del contacto de la tierra; la experiencia les demostró que las obras hechas con piedras eran más resistentes á los embates de los años y más protectoras contra los rigores de la temperatura, y pasó entonces á usarse la piedra como elemento principal para la construcción, quedando la madera como auxiliar, si bien importantísimo.

En muchos lugares, especialmente en aquellos en que no hay montañas próximas, era difícil y, sobre todo, muy costoso el proporcionarse la piedra necesaria, pues había que traerla desde grandes distancias, y su peso, unido á la falta de medios de comunicación y transporte, retardaban el término de las obras. Era, pues, preciso encontrar algo que con facilidad se obtuviera en todas partes, y que al mismo tiempo fuera sólido y económico.

A cumplir estas condiciones y resolver tan arduo problema vino el ladrillo, y aparejado con ese descubrimiento, el de la argamasa, que sirve para unir y hacer compacto un conjunto de ladrillos colocados por capas unos encima de otros.

En efecto, la fabricación de éstos es sencilla; sólo requiere un terreno apropiado y el cuidado de la cocción; su coste es barato. Cuando se emplea una argamasa buena, es casi indefinida la duración de las obras de ladrillo; ofrecen gran resistencia á los pesos, y según el espesor que se les da, defienden de la humedad y de las inclemencias del tiempo.

Para hacer ladrillos se limpia bien la tierra del tejar, con objeto de quitarle todas las piedrecitas que puede contener; con ayuda de una especie de cuchillo de palo y de unas escuadras, se da á esa tierra la forma que el ladrillo tiene, ó bien se echa dentro de un molde, de donde sale con el espesor y tamaño convenientes; los ladrillos así obtenidos, amarillentos de color, se extienden en el suelo unos al lado de otros para que se oreen un poco, y cuando están bastante secos se construye el horno, amontonando en determinado lugar el combustible que se ha reunido, y se forma á su alrededor, con los ladrillos recién hechos, las paredes y el techo del horno; se dejan en éste, como es natural, salidas de humo y respiraderos; se prende fuego al combustible y se aguarda después á que el horno se apague y enfrie, á fin de demolerlo y recoger el ladrillo ya cocido, que presentará ese color rojizo que le es característico.

Pero los ladrillos no han servido tan sólo para edificar casas y palacios; nos han suministrado también datos y antecedentes, con los cuales los sabios han podido reconstruir hechos y costumbres de épocas que pasaron hace millares de años. Sin los ladrillos hallados en el lugar que ocupó Babilonia, poco se sabría de los usos, hábitos é historia de los asirios.

Y es que éstos estampaban en los ladrillos inscripciones alusivas al hecho que se conmemoraba, si la construcción era un monumento público; noticias del dueño si se trataba de una casa particular, ó elogios del potentado si el edificio era un palacio rico y suntuoso. Estas inscripciones se imprimían con un cuño ó molde en la tierra fresca antes de cocerla en el horno. Y como se tiraban millares de ejemplares de cada inscripción ó leyenda, nada tiene de extraño que algunos hayan caído en manos de nuestros sabios.

Esta práctica de los asirios demuestra que la idea en que se funda la Imprenta se le ocurrió á alguien siglos antes que á Gutenberg.

JUAN ANTON



EL HORNO DE COCCIÓN

## VICTIMA DE UN INVENTO



El notable químico Kamelof perseguía un precioso descubrimiento contra la calvicie.



Tras largas y perseverantes experiencias, la retorta del doctor destiló unas gotas obscuras.



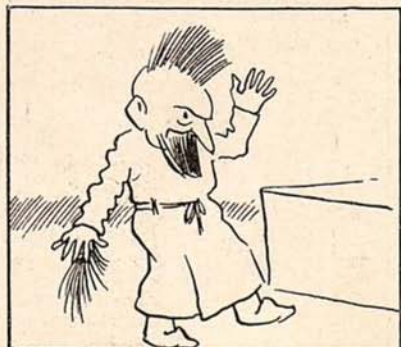
Siguió impertérrito, y tuvo la fortuna de reunir la cantidad suficiente para una prueba.



Con el mayor esmero y el mayor sigilo introdujo los dedos en el líquido.



Y después se humedeció cuidadosamente su cabeza, limpia como una bola de billar.



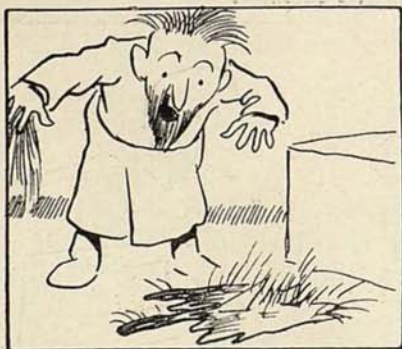
Un picor extraño en la cabeza y en la mano siguió inmediatamente á la untura.



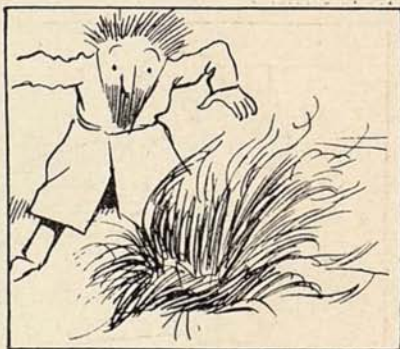
Cogió entonces un espejo y vió el instantáneo y vigoroso brote de su cabellera.



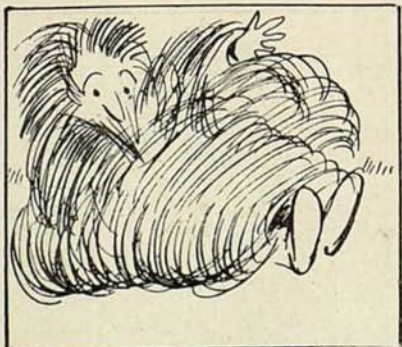
—¡Eureka!—exclamó, como la mayor parte de los inventores en casos análogos.



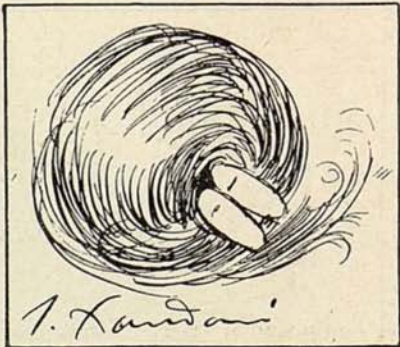
Pero su asombro fué mayor al ver que el líquido vertido producía pelo en el piso.



Justamente alarmado ante aquella vegetación extraña, trató de contenerla.



Todo inútil; la cabellera envolvió su cuerpo y paralizó sus movimientos.



¡Y el doctor Kamelof sucumbió dentro de un bucle de su pelo artificial!